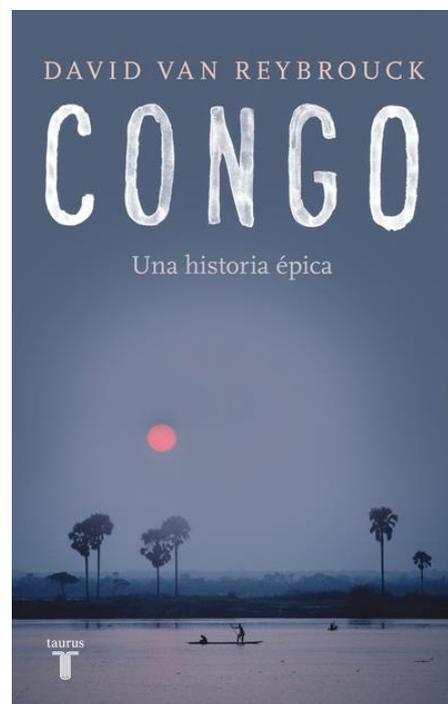


David VAN REYBROUCK: *Congo. Una historia épica*, Barcelona, Taurus, 2019 [2010], 743 pp., trad. de Catalina Ginard Féron, ISBN: 978-8430619436.

David Alegre Lorenz  
Universitat de Girona

### Un ejercicio de maestría historiográfica

Cuando uno analiza y desentraña una obra así solo puede empezar de forma contundente: estamos ante un trabajo extraordinario de principio a fin. David Van Reybrouck ha conseguido alumbrar un libro destinado a convertirse en un clásico, si es que no lo es ya, porque su *Congo. Una historia épica* apareció originalmente en neerlandés en el año 2010, y desde entonces ha sido traducido a una veintena de lenguas. Esto es algo que nunca está de más destacar por dos razones: primero para agradecer a Taurus que haya tenido la valentía de traducirlo y publicarlo en castellano, haciéndonos así un favor a todos los que estamos ávidos de obras de referencia que escapan del foco de lo corriente; y, segundo, no menos importante, por poner fin al hecho casi inexplicable de que un trabajo con un valor planetario como este haya tardado casi una década en tener una edición en la segunda lengua con más hablantes nativos del mundo, después de haber aparecido antes en otras como el italiano, el danés o el polaco. Cosas como estas deberían ser objeto de una reflexión profunda a ambos lados del Atlántico, sobre todo por parte de las instituciones y los gestores culturales, los docentes, los programadores educativos y los líderes políticos en posiciones de poder. No hay duda de que algo pasa con nuestra cultura, pero entrar a valorar esta cuestión merecería de una reflexión a parte.



A grandes rasgos la obra de Van Reybrouck es un análisis de las increíbles y traumáticas transformaciones por las que han pasado las diferentes generaciones que han habitado los territorios comprendidos dentro de las fronteras de la actual Repú-

blica Democrática del Congo (Congo, a partir de ahora) durante el último siglo y medio. Sin ir más lejos, estamos acostumbrados a leer y a oír hablar sobre el impacto de la modernidad en Europa, en el mejor de los casos a nivel del Atlántico Norte, de hecho conocemos bastante bien el impacto social, cultural, económico y político de la consolidación del capitalismo y su primera crisis global en la década final del siglo XIX.<sup>8</sup> No obstante, es muy extraño encontrarnos con relatos debidos a historiadores europeos que se planteen siquiera la posibilidad de observar estos movimientos sísmicos desde un lugar periférico para nuestras coordenadas mentales y espaciales como es el África Ecuatorial. Eso es precisamente lo que nos propone Van Reybrouck: una mirada sobre un escenario del tamaño de Europa Occidental, iniciando su andadura con la llegada de los primeros exploradores europeos que se adentraron en el interior del continente a través del río Congo, empujados por la fiebre civilizatoria del imperialismo, la rapacidad capitalista, la fe en el progreso y el positivismo decimonónicos. Y como digo lo hace con una frescura y un éxito que sorprenden, sacando al público lector de su espacio de confort habitual y planteándole el reto apasionante de entender la historia global del último siglo y medio desde el corazón de África. La tesis demostrada de este ingente trabajo queda bien condensada al final de sus más de seiscientas páginas, cuando Van Reybrouck señala que «la historia del Congo ha contribuido a determinar y a dar forma a la historia del mundo», y que por tanto «ha sido clave en varias ocasiones en los intentos por definir un orden mundial internacional» (p. 604).

Hay varias razones que hacen de *Congo. Una historia épica* una referencia historiográfica de primer orden, también para los estudios de la guerra, que es el ámbito que nos ocupa aquí de manera más evidente. Van Reybrouck es capaz de mostrarnos esas vastas extensiones del África Ecuatorial como un cruce de caminos esencial en la historia del último siglo y medio, hasta el punto que el suyo es un ejemplo de historia transnacional, tanto a nivel africano como global. Además, esto tiene tanto más valor en cuanto evita en todo momento caer en la fatalidad o en lo estructural como claves explicativas. El autor aboga por analizar la historia en movimiento, desde las trayectorias y la contingencia, una propuesta que despliega de forma envidiable, haciendo viajes de ida y vuelta desde el nivel macro hasta el nivel micro, y a la inversa, observando tanto a los países como a la sociedad, a sus comunidades y a los individuos que las componen. Por tanto, la obra es también una muestra magistral de historia social. Y aquí son de gran ayuda los valiosísimos testimonios orales y memorísticos con los que trabaja Van Reybrouck, fruto del buen conocimiento del terreno en que se mueve,

---

<sup>8</sup> Un ejemplo reciente de una historiografía que entiende el pasado y la crisis de la modernidad desde el escenario euroatlántico lo encontramos en Odd Arne WESTAD: *La Guerra Fría. Una historia mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018 [2017]. Un libro que por cierto no está carente de algunas graves imprecisiones y de un mal manejo de los tiempos en muchos casos.

juntamente con el manejo de la bibliografía producida al respecto de las cuestiones que va desgranando página tras página.

En cualquier caso, al hablar del peso de la contingencia en la historia hablo de un problema central para los estudios de la guerra y la historiografía, algo en lo que muchos venimos insistiendo desde hace ya un tiempo. Por eso mismo, quizás lo más importante de los primeros compases de esta obra es que nos permiten ver el cúmulo de casualidades y decisiones conscientes, casi diría a partes iguales, y en última instancia la fragilidad sobre la cual se construyó el dominio belga de los territorios del Congo, hasta el punto que nos quedamos con una cierta idea de que nada tuvo porqué haber sido como fue. Aunque haya que decirlo es obvio que las comunidades humanas que habitaban las profundidades del África Ecuatorial no carecían de historia y, por tanto, no estaban exentas de conflictos ni a la espera de que los conquistadores y colonos europeos llegaran allí para dotarlas de un lugar y un sentido en el mundo. Es más, como suele ser común a estos fenómenos de capitalismo global y violencia colectiva, hacía siglos que los propios líderes autóctonos venían colaborando activamente y se lucraban a costa del comercio de esclavos africanos con los mercaderes europeos instalados en la costa atlántica, haciendo que estos solo tuvieran que recoger y transportar la ansiada mercancía humana hacia su destino final en Brasil, las Antillas o América del Norte.<sup>9</sup> Tales fueron el alcance y las consecuencias devastadoras de este negocio en el interior de África que según Van Reybrouck explicarían la relativa facilidad con la que los europeos pusieron bajo su control amplias extensiones de territorio en todo el continente. El comercio de esclavos había actuado como un cáncer maligno, corroyendo durante décadas los lazos de solidaridad supracomunitarios y cualquier atisbo de estructura política efectiva y legítima capaz de articular una resistencia efectiva frente al intento de conquista. Es más, llegadas las décadas centrales del siglo XIX no solo eran blancos llegados de Europa quienes tenían interés por las riquezas centroafricanas, también tuvo un papel crucial la voracidad de los comerciantes árabes y afroárabes, que se adentraron en África desde Zanzíbar, en la costa africana del Índico controlada por el sultán de Omán desde 1832. Desde allí partieron durante décadas grandes cantidades de esclavos cuyos destinos eran Oriente Próximo, la India y China, hasta que *manu militari* los europeos consiguieron expulsar de allí a finales del siglo XIX a aquellos mercaderes y líderes políticos con los que se disputaban el control de los recursos y territorios del interior del continente.

---

<sup>9</sup> Esto nos pone ante la compleja red de complicidades sobre la cual se construyó una de las mayores aberraciones de la historia de la humanidad: la esclavitud del hombre y la mujer por el hombre, un fenómeno tan vivo hoy como casi siempre, por mucho que hayan variado las formas bajo las que se lleva a cabo. El mejor ejemplo de ello es el tráfico masivo de mujeres para ser explotadas sexualmente, un crimen que sin lugar a dudas es y será uno de los principales retos que habrán de abordar las sociedades y países de nuestro siglo.

En línea con todo lo dicho hasta aquí, una de las cosas que hacen relevante este libro es que aún a pesar del origen europeo del autor este es capaz de hacer que nos repensemos a nosotros mismos como historiadores y occidentales. Para ello plantea un relato historiográfico completamente descentralizado, incluso por lo que respecta al propio Congo, dada su capacidad de penetración en la realidad de las diferentes regiones del país. Además, Van Reybrouck despliega una finísima empatía que no cae en la fascinación *per se* ni en la pura victimización de los habitantes de este gigantesco país del África Ecuatorial, para lo cual insiste una y otra vez en complejizar nuestra visión de procesos extremadamente complejos. Así lo hace con el propio imperialismo europeo y la colonización de África, analizando los agentes que participaron en una empresa tan colosal junto a sus múltiples motivaciones para ello, incluyendo claro está la controvertida figura de Leopoldo II. El que fuera soberano belga, mecenas e impulsor de la conquista del Congo belga, propietario *de iure* y *de facto* de dicha colonia entre 1885 y 1908, no solo se veía a sí mismo como una suerte de filántropo, sino que además creía fervientemente que tanto los indígenas como los belgas saldrían beneficiados del experimento espiritual y económico que puso en marcha. Se trataba de llevar la civilización al África Ecuatorial, identificada esta con la expansión de la cultura europea y los valores cristianos; la difusión y aplicación de la ciencia y la tecnología; la explotación económica racionalizada e intensiva de los recursos; el establecimiento de estructuras avanzadas de control estatal; etcétera.

En este sentido, Leopoldo II no era diferente a la mayor parte de los monarcas e imperialistas de su tiempo. Evidentemente, poner en marcha un proyecto tan ambicioso a seis mil kilómetros distancia y en una extensión de territorio que era setenta y seis veces más grande que la de Bélgica hizo necesario delegar responsabilidades sobre empresas privadas e individuos dispuestos a asumir el riesgo de explorar y explotar el potencial económico de la nueva colonia. De hecho, este problema no hizo sino agudizarse desde el momento en que se puso de manifiesto que la empresa personal del rey belga podía llegar a suponer muchos más costes que beneficios, al menos en los primeros años. Así pues, tras verse al borde de la quiebra, Leopoldo II se vio obligado a pedir al parlamento belga que contribuyera con la hacienda estatal a mantener vivo su sueño colonial. Sobre estas bases no es de extrañar que los abusos de poder a ras de suelo se convirtieran desde el primer momento en una constante a todas las escalas, con todos los agentes coloniales buscando su cuota de beneficios dentro de su posición en la nueva jerarquía económico-racial de poder. El problema aún se agudizaría más con la aparición de las grandes oportunidades económicas en el Congo, como la que trajo consigo la explosión de la fiebre del caucho a finales del siglo XIX —similar a la que supusieron en décadas posteriores el cobre, el oro y los diamantes y más recientemente el coltán— gracias a la aparición del neumático de caucho inflable casi en paralelo a la bicicleta y el automóvil. Así pues, Van Reybrouck expone la brutalidad que

acabó engendrando el propio sistema de poder, control y explotación colonial, así como las muchas y diversas formas en que afectó a las formas de vida de las variadas comunidades humanas que habitaban en aquellas tierras, destruyéndolas en muchos casos y acabando con la vida de millones de personas. No obstante, el autor es contundente respecto al abuso que se ha hecho del concepto genocidio al referirse a las políticas implementadas por el monarca belga y su aparato colonial en el Congo, ya que lo ocurrido escapa por completo a la planificación de un intento parcial o total de eliminar a las poblaciones africanas por causa de su raza, sus creencias y su cultura. Esto no hace menos atroz lo que ocurrió en el África Ecuatorial bajo la autoridad y responsabilidad de Leopoldo II, simplemente nos permite observar las múltiples formas que puede cobrar la violencia y la muerte de masas. En este caso hablamos de una maquinaria de explotación orientada a la maximización de beneficios, la cual acabó cobrando vida propia a la sombra de dos de los fenómenos más característicos de la época: el imperalismo racista y la insaciable voracidad del capitalismo.

En términos jurídicos e históricos no se puede señalar al estado belga como responsable de nada de lo ocurrido antes del año 1908, pues hasta ese año Bélgica no se hizo cargo de la soberanía sobre el Congo. El traspaso de poderes vino formado en último término por las protestas y la presión internacional ante los rumores y denuncias sobre la situación humana reinante en esta parte del África Ecuatorial bajo el reinado del monarca belga. Hasta ese momento habían sido industrias y particulares quienes habían implementado sus políticas y visiones de la realidad con el fin de lucrarse fruto de su relación con la colonia-estado, juntamente con Leopoldo II, que amasó una gigantesca fortuna que aprovechó para desplegar una política de prestigio personal. A partir de aquí, manteniendo en todo momento el diálogo entre la cúspide del sistema de dominación colonial y la forma que adoptó sobre el terreno, el autor desgrana la rápida evolución del Congo bajo la tutela belga. Vale decir que la introducción puntual de la perspectiva comparada con otras experiencias coloniales y procesos de descolonización habría contribuido a enriquecer y redondear notablemente una obra que a pesar de todo sigue siendo brillante.

Desde el racionalismo científico de los primeros días –aplicado tanto al tratamiento biopolítico de las poblaciones autóctonas como al despliegue de un aparato administrativo al estilo occidental, que estableció nuevas divisiones y clasificaciones humanas y que manipuló, subordinó o destruyó todas las estructuras de poder y formas de lealtad propias de las comunidades congoleñas– hasta la desastrosa descolonización acelerada –forzada por la evolución de las circunstancias en la propia colonia y escapando al control de la metrópoli, no sin injerencias poscoloniales más que discutibles desde el punto de vista jurídico–, Van Reybrouck despliega un completo análisis de la realidad social, cultural, política y económica del Congo a lo largo de los cincuen-

ta años de dominio belga: la usual confluencia de intereses sobre la que se sostuvo el régimen colonial, con una trinidad compuesta por la iglesia, el funcionariado y el capital, encarnado este último especialmente por la todopoderosa Union Minière de Katanga; la importante contribución de la población congoleña al esfuerzo bélico de Bélgica en la Gran Guerra y en la Segunda Guerra Mundial, cuyo colofón fueron las esperanzas frustradas de emancipación; la creación de nuevos usos y costumbres a través de la adaptación de las propias tradiciones y las influencias y formas de hacer las cosas procedentes de Europa, que incluyeron interpretaciones propias del cristianismo, nuevos estilos musicales o formas de socialización inéditas; la existencia constante de diversas y cambiantes formas de resistencia y oposición frente al sistema de dominación colonial; las características de las siempre desiguales relaciones entre la élite colonial blanca y los diferentes sectores de la población negra, incluidos los *évolués*, que reivindicaron sin éxito un trato de respeto que consideraban acorde con su estilo de vida y su cultura conscientemente europeas; y así un largo etcétera.

La radical modernidad de los problemas y conflictos que han tenido lugar en el África Ecuatorial desde finales del siglo XIX, sobre todo relacionados con la superpoblación, las violaciones de la soberanía, la globalización, la competencia por los recursos y el capitalismo salvajes, permiten al autor señalar que «el Congo no va rezagado en la historia, sino adelantado», dejándonos entrever lo que nos podría esperar a nivel global a medio plazo (p. 516). Efectivamente, si en un primer momento habían sido los árabes y los europeos, llevando estos últimos consigo sus proyectos civilizatorios, la Guerra Fría y el auge de la descolonización, cada uno con sus particulares dinámicas, abrieron el escenario para la irrupción de nuevos experimentos políticos autóctonos y agentes internacionales con intereses diversos. Así pues, la obra de Van Reybrouck acaba un poco como comenzaba, al situarnos ante un mundo multipolar lleno de oportunidades para los inversores, y a menudo con consecuencias fatídicas para la población autóctona. La diferencia reside en la existencia de más centros de poder que nunca, gracias sobre todo a la emergencia de China como superpotencia y nueva influencia de primer orden en el mundo, todo lo cual hasta cierto punto guarda similitudes con la competencia internacional de finales del siglo XIX.

Por medio Van Reybrouck nos deja un análisis certero de lo que es a todas luces una descolonización congelada, fruto esta última de las gravísimas fallas estructurales de los estados poscoloniales, la injerencia de las viejas metrópolis y las nuevas potencias; las propias luchas por el poder de las nuevas élites nacionales y sus intentos por perpetuarse en él, bien encarnadas por la dictadura zaireña de Mobutu, nepotista, corrupta y clientelar hasta el extremo y sostenida con el apoyo de Estados Unidos, Francia y Bélgica como forma de contención frente al comunismo; y, no menos importante, la competencia de los propios estados africanos por las riquezas naturales de sus

vecinos. Todo ello queda evidenciado de forma dramática por las guerras de alcance continental que han empujado las regiones orientales del Congo a una espiral de violencia que parece no tener fin y que desde 1997 han costado la vida de más de cinco millones de personas. Sin embargo, Van Reybrouck nos muestra cómo la vida de los congoleños y las congoleñas, que como en cualquier otra sociedad han participado de una u otra manera de sus propias desgracias, han tenido que moverse en unos equilibrios precarios que en las últimas décadas se han deshecho y reconstruido de forma constante. De ahí que se refiera a la del Congo no sin justeza como una historia épica, porque a pesar de todo la compleja sociedad congoleña ha conseguido llegar hasta nuestros días. Nada de esto debe esconder la situación extrema a la que se ve abocada la mayor parte de África en el actual sistema mundo. Si se me permite decirlo así, el milagro de la obra de Van Reybrouck reside en su capacidad para no olvidar esto, al mismo tiempo que reivindica la condición de los congoleños y congoleñas como sujetos activos, individuos con capacidad de decisión, con experiencias y trayectorias que constituyen el rostro del pasado y el presente, que para bien o para mal no han renunciado a las oportunidades ni han dejado de reivindicar el margen de maniobra que les queda en su rincón del mundo y en el conjunto del globo, y que además no han dejado de preservar espacios para la dignidad y la resistencia, la esperanza y el orgullo.